

Cultura Vocacional

“Hoy en día, América Latina es tierra de grandes esperanzas y prwomesas para la Iglesia, una tierra donde –con respecto a las Iglesias de antigua cristianidad del viejo continente– la Iglesia es joven y dinámica, donde la fe está todavía viva y fresca y donde aún los jóvenes responden con generosidad a la llamada vocacional...” (Cf. Teología de las Vocaciones).

El Distrito de Centroamérica-Panamá está enmarcado en esta realidad, lo que supone un signo esperanzador que da sentido a la labor pastoral que se realiza en el Instituto y en la Región Latinoamericana Lasallista (RELAL).

El 45° Capítulo General propone promover una cultura de la vida entendida como vocación; es decir, como llamada personal a vivir una misión en comunidad que da sentido a la existencia. (Cf. Documentos del 45° Capítulo General, 4,8)

El Proyecto Pastoral Distrital se fundamenta en la cultura vocacional. Para comprender el significado de la cultura vocacional se debe abordar el concepto de cultura en general, para definir después el significado de cultura de la vocación y de las vocaciones, según el autor Amadeo Cencini (Cf. Teología de las Vocaciones).

Cultura

Es el modo de vida y el estilo de vida de una comunidad específica, y deriva de un modo de interpretar la vida y las diversas experiencias de la vida. Nosotros creamos cultura y la interpretamos, nos nutrimos de ella y nos encargamos de transmitirla (convirtiéndola en tradición). Cultura ya no solo es el hecho genérico cognitivo, ni simplemente un interés o una competencia, sino que significa al mismo tiempo conocimiento, interés privado y, sobre todo, implicación personal e interpersonal para construir algo en lo que se cree y de lo cual todos están convencidos y que se convierte en un patrimonio común.

Para la comprensión y la construcción de una cultura, es necesario abordar los siguientes componentes:

- **Mentalidad:**

Está formada por un conjunto teórico de datos y nociones que ilustran el sentido y el valor objetivo de aquello de lo que se pretende construir cultura y se crean convicciones intelectuales sobre el mismo tema en quienes se adhieren a ella.

- **Sensibilidad:**

Consiste en el paso del conocimiento teórico a la experiencia práctica e individualizadora. En este sentido la cultura crea una sensibilidad correspondiente en el individuo. Como tradición que es no se limita a un dato que se transmite y se copia, sino que se convierte en algo que es necesario motivar continuamente, y que adquiere valor y enriquece gracias a la creatividad de los individuos.

- **Praxis (estilo de vida):**

La mentalidad y la sensibilidad se traducen en gestos consecuentes y en vida vivida. En este sentido cultura significa praxis o forma de vida habitual. Para mantener viva una tradición que ya no es sólo dato teórico o vaga recomendación del comportamiento débilmente motivada (“siempre se ha hecho así”), sino que es atención a un valor que se encarna cada vez más en gestos que lo expresan con claridad y recorridos de probada eficacia.



Contenidos (cultura en sí como...)	Tipo de acercamiento	En el nivel del grupo	En el nivel del individuo
Conjunto de verdades convincente objetivamente	Intelectual - cognitivo	Tradición que hay que transmitir	Mentalidad
Conjunto de verdades convincente objetivamente y subjetivamente	Experiencial - global	Tradición que hay que volver a motivar	Sensibilidad
Conjunto de verdades convincente objetivamente	Intelectual - cognitivo	Tradición que hay que transmitir	Mentalidad
Conjunto de verdades convincente objetivamente, subjetivamente y traducible en método (itinerarios) y forma de vida (opciones)	Existencial - metodológico	Tradición que hay que renovar	Praxis – forma de vida

Cultura Vocacional

Se trata de posibilitar la consolidación de itinerarios vocacionales a partir de un dinamismo pastoral que favorezca el enriquecimiento de las diferentes formas de vida comunitaria lasaliana (Cf. Documentos del 45° Capítulo General- Esta obra de Dios es también nuestra obra, 4.8)

El II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones define la Cultura Vocacional en los siguientes términos:

“La cultura de las vocaciones es un eje fundamental de la pastoral vocacional, pues la determina no solo desde el punto de vista cristiano sino también desde el antropológico. De hecho, la cultura vocacional, que no es un producto terminado sino un proceso continuo de creación y socialización, es el modo de vida de una comunidad que deriva de su modo de interpretar la vida y las experiencias vitales y que involucra a sus miembros, de manera personal e interpersonal, en algo que se cree, de lo que todos están convencidos, que genera opciones y compromisos

y, así, se convierte en patrimonio común”. (Cf. CELAM. Documento Conclusivo del II Congreso Latinoamericano de Vocaciones).

La cultura vocacional remite a la comunidad a una revisión constante de su misión y a dar una interpretación actualizada de su sentido de ser. Los itinerarios de Cultura Vocacional buscan “ayudar a las personas (...) a no convertirse en hombres y mujeres “para sí mismos y los suyos”, sino “para los demás” especialmente para los pobres y excluidos”. (Cf. Informe de la Asamblea Internacional MEL, Capítulo 6). Para alcanzar este objetivo, es necesario crecer en una cultura del acompañamiento para todos los Lasalianos durante toda su vida.

Se considera de nuevo esos tres elementos constitutivos del concepto de cultura para “llenarlos” de sentido o de contenido (o de cultura) vocacional. Para orientar la escucha y comprensión se anticipa una correspondencia iluminadora y eficaz: a la **mentalidad vocacional** le corresponde la teología vocacional; a la **sensibilidad vocacional** le corresponde la espiritualidad vocacional y a la **praxis vocacional** le corresponde la pedagogía (o pastoral) vocacional.

La primera de ellas es la **teología vocacional** (mentalidad), que consiste en un conjunto de principios que dan sentido a la realización de la persona humana en relación con Dios y es la forma de vida que adquieren los miembros de la comunidad y lo que le da conciencia de colectividad, de identidad compartida. A medida que estas ideas se convierten en convicciones el proceso lleva a la **espiritualidad vocacional** (sensibilidad), asumida como el conjunto de motivaciones que dan significado e impulso a la realización de la persona humana en relación con Dios, con los hermanos y con la creación; es el paso de la teología a la experiencia personal, individualizadora, al ejercicio de apropiación que de ella hace cada creyente. Para que estas convicciones se vuelvan opciones y desencadenen compromisos es necesaria la **pedagogía vocacional** (praxis, estilo de vida), entendida como el proceso educativo de la coherencia que permite que la teología y la sensibilidad se traduzcan en gestos consecuentes de la vida diaria. El fomento de la cultura vocacional así entendida lleva a que en la Iglesia cada uno sea responsable de la vocación de los demás y no se preocupe solo por su propia vocación como si esta fuera su propiedad exclusiva, en función de su autorrealización.

Teología Vocacional

Situada en el horizonte de la cultura vocacional, la teología vocacional nos introduce en el misterio del Dios Amor que revela, comunica y transmite esa identidad en el don del llamamiento como invitación a vivir esa misma identidad. En otras palabras, Dios llama porque ama, llama amando y, llamando, ama. En consecuencia, la vocación es revelación del amor de Dios, de donde se deduce que no hay vocación sin Dios y sin amor y que solo a partir de ese Dios que ama y llama se puede dar lo que solo Él da: el amor. La vocación es, pues, una invitación a expresar el Ser de Dios en su Hacer salvífico, entendido como proyecto del Dios Padre, dirigido al ser humano que Él mismo salva en su Hijo, para que por obra del Espíritu Santo sea partícipe y corresponsable de la aventura del amor, salvando a los hermanos.

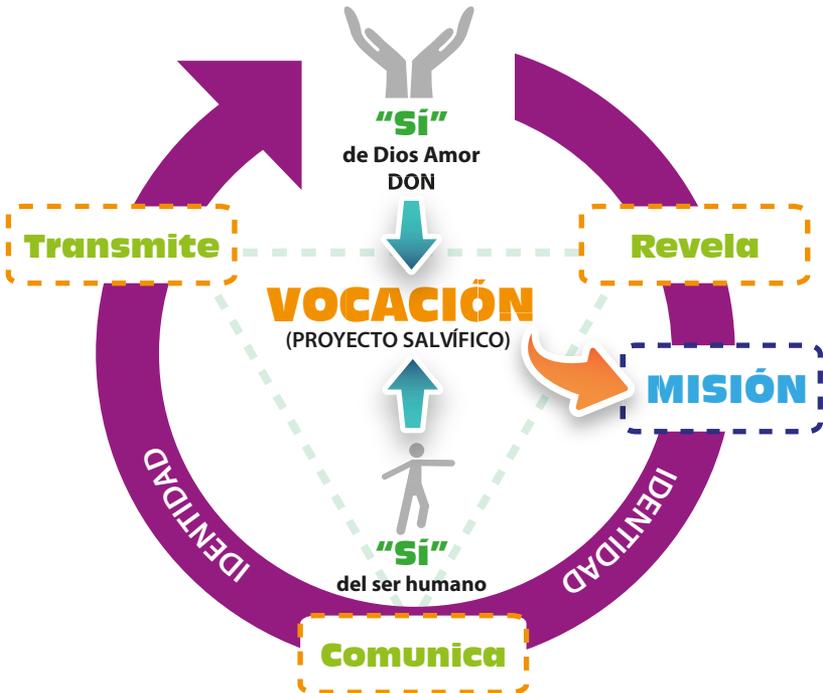
El Dios revelado en las Sagradas Escrituras es el que “eternamente llama”. Creemos en un Dios que llama en un movimiento inherente a su identidad de Dios Amor, manifestada en el Verbo y su accionar. La vocación es entonces una manifestación de la identidad divina, una teofanía, y una invitación a vivirla en Jesucristo; una revelación de Dios que ha de ser respetada, valorada y acogida, a través de una palabra teológica que proviene de Él, como llamamiento, y de una palabra antropológica que depende del hombre, como respuesta. Es el diálogo entre las libertades del Creador y la creatura.

La teología vocacional es trinitaria en el sentido de que el Padre llama a la realización de un proyecto humano e histórico sobre la triple relación de los orígenes (creación): teologal, fraterna y apostólica; el Hijo convoca a un discipulado misionero que convierte el seguimiento en anuncio de su misterio redentor; el Espíritu Santo capacita para amar como Dios ama.

A partir de allí la polaridad creación–redención se integra como binomio insustituible e inseparable del misterio de la vocación, por lo que la persona llamada está invitada a realizar no solo el proyecto de los orígenes del propio ser, sino también el plan de la salvación, de la que es responsable a través de su disponibilidad. Dios llama a todos, por medio de una vocación al mismo tiempo visible y misteriosa; nuestra tarea es leer con respeto el sentido del Misterio que se hace visible cuando nos llama.

La más sublime expresión de la teología es la vocación, porque personaliza el proyecto salvífico de Dios en una entrega a la salvación de los demás y no solo la propia, dando la vida para ganarla; y la más sublime expresión de la vocación es amar hasta el martirio, experiencia “redentora” y “misionera” de identificación con el Maestro.

TEOLOGÍA VOCACIONAL



Cristología Vocacional

La cristología de la Palabra, que se fundamenta en el hecho de que “en distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas; y ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo” (Cf. *Hb 1, 1-2*), lleva implícita la cristología vocacional que se expresa en los relatos de vocación de los Evangelios: “Jesús le dijo, ‘sígueme’” (Cf. *Mateo 9, 9*); “les dirigió su palabra, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos para que estuvieran con Él” (Cf. *Marcos 3,13*); “convocándolos... los envió a proclamar el Reino de Dios”. (Cf. *Lucas 9,1-2*)

El Rostro de la Palabra, Jesús de Nazaret, es al mismo tiempo la Voz que llama y que el discípulo escucha y anuncia, y la Persona que convoca, a quien el discípulo encuentra y comparte con sus hermanos y con el mundo. Por eso, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. De ahí que conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha podido ocurrir en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”. (Cf. *Documento de Aparecida. Capítulo 1, 29*) Sólo alguien enamorado de Cristo puede transformar su entorno vital.

Esta experiencia de vocación-misión de Cristo y en Cristo tiene que ver con el hecho de que la comunicación que Dios hace de sí mismo implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes Ireneo de Lyon llama precisamente ‘las dos manos del Padre’.

Creemos, pues, en un único Dios, que, no obstante, es al mismo tiempo Padre, Hijo y Espíritu; es decir, comunidad, familia. De ahí que la vocación sea un misterio trinitario y, desde allí, un hecho eclesial: Dios Padre nos llama a ser personas y a darle sentido a la vida; Dios Hijo nos convoca a ser sus discípulos y sus misioneros; Dios Espíritu Santo nos confía una misión concreta, siempre de servicio, en la Iglesia.

Se trata de un único llamado que, desde su raíz trinitaria, posee tres dimensiones: la humana o antropológica, la cristiana o bautismal y la específica o eclesial; y se puede realizar como respuesta en tres estados de vida: laical, consagrado y ministerio ordenado. Diversidad con un único punto de partida, el bautismo; y una doble meta, la comunión y la santidad.

Eclesiología Vocacional

El Logos que se hizo carne “vino a su casa y puso su morada entre nosotros”. (Cf. *Juan 1, 14*) Cercano a Dios, porque “la Palabra era Dios” (Cf. *Juan 1, 1*), se acwercó a nosotros en la Iglesia, la comunidad de los hermanos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen.

Al ser la Iglesia la Casa de la Palabra se convierte en la casa de la vocación, y de ahí en la comunidad de los llamados. Aún más, la Iglesia, en lo más íntimo de su ser, tiene una dimensión vocacional implícita ya en su significado etimológico: ‘asamblea convocada’, por Dios. La vida cristiana participa también de esta misma dimensión vocacional que caracteriza a la Iglesia. En el alma de cada cristiano resuena siempre de nuevo aquel ‘sígueme’ de Jesús a los apóstoles, que cambió para siempre sus vidas.

Somos Iglesia, y en ella como misterio de comunión se ubica el misterio vocacional. El llamado del Maestro a ser sus discípulos misioneros nos hace al mismo tiempo discípulos misioneros de una Iglesia kerygmática y carismática, capaz de anunciar el kerygma¹, en especial a los bautizados que no participan, y de reconocer que el Espíritu suscita ministerios para el bien de su pueblo. Esta esencia pneumatológica de la vocacionalidad eclesial se expresa en los dones, carismas, ministerios y órdenes con que el mismo Espíritu Santo enriquece y diversifica a la comunidad de los bautizados. Por eso, la meta de la animación vocacional es una Iglesia plenamente consciente de ser una asamblea de personas convocadas y reunidas por el infinito amor de la Trinidad, en la riqueza de la diversidad y complementariedad de las vocaciones y ministerios.

La Palabra de Dios consignada en la Sagrada Escritura es toda una biblioteca vocacional cuyos libros y páginas nos recuerdan que la Palabra llama a cada uno personalmente, manifestando que la vida misma es vocación en relación con Dios y que debemos profundizar nuestra relación con la Palabra de Dios en cuanto bautizados, pero también en cuanto llamados a vivir según los diversos estados de vida.



Espiritualidad Vocacional

La teología vocacional desata una sensibilidad espiritual, que desencadena un proceso cultural porque la vuelve vida, sin olvidar que la cultura vocacional, aquí entendida como meta, fue antes un punto de partida para la pastoral vocacional, por lo que hay que tener siempre presente la primacía de la vida espiritual como base de toda programación pastoral. Tal sensibilidad propone el paso de la teología a la teofanía y de esta a la teopatía, porque la teología debe conducir a un itinerario de los dinamismos personales de la fe en Dios que hace experiencia en aquel que es llamado y que responde. La teofanía es la conversión de la sensibilidad para descubrir el sentido de la fe, mientras que, en la teopatía, donde el Hijo sufre la ausencia de Dios, de modo inocente por un pecado que no cometió, se hace realidad ese mismo sufrimiento, porque sufre también en aquellos en los que Dios sigue sufriendo y en aquellos a los que Él llama para hacerlos copartícipes de esta misma redención.

¹ Keryssein, en el Nuevo Testamento, significa proclamar.

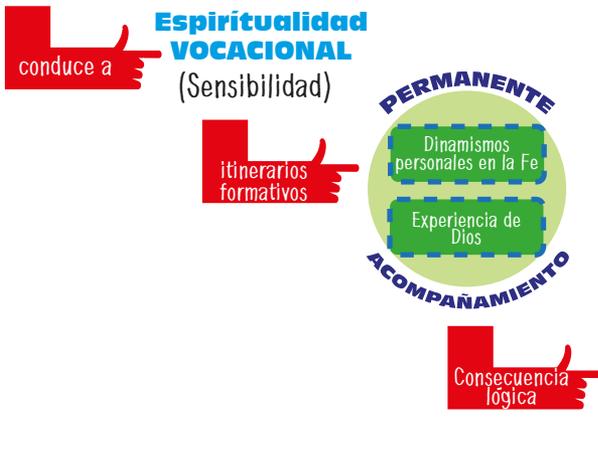
Esta teopatía implica en nosotros el proceso de pasar de la gratitud por el don recibido -la vocación- a la gratitud de donarse a los demás como consecuencia lógica del saberse amado por Dios; es el paso de la libertad de escoger el propio camino a la responsabilidad por el prójimo, paso que solo puede dar quien aprende a ser contemplativo en su diario vivir.

Toda espiritualidad cristiana es vocacional porque la auténtica espiritualidad es la que nos pone en contacto con Dios para la relación con los demás, pero teniendo en cuenta que en la Sagrada Escritura no existen hombres y mujeres que hacen experiencia de Dios, sino al revés: es Dios quien hace la experiencia del hombre. Este principio bíblico revoluciona la manera de entender y proponer la vocación: Dios hace experiencia de nosotros incluso pidiéndonos algo difícil, que no habríamos elegido espontáneamente; supone la disponibilidad para aceptar las pruebas como ocasión providencial

donde Dios nos comunica sus deseos sobre nuestra vida. Así la espiritualidad vocacional purifica la idea de lo meramente religioso, convirtiéndolo en experiencia de Dios que es evangélica, cristiana.

A partir de la espiritualidad vocacional, “consideramos el tiempo presente como una auténtica oportunidad de avanzar en el proceso de la conversión personal y comunitaria. Queremos volver al Evangelio, rever el camino, proponer y redescubrir nuevas formas y expresiones de espiritualidad, sugiriendo una identidad discipular y misionera que ayude a recuperar el profetismo y su atracción. Al mismo tiempo, urge el acompañamiento con una adecuada formación de base y permanente: los que sirven a la Iglesia en el campo vocacional también son llamados a profundizar el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, y a asumir y a impulsar una formación discipular y misionera, integral y continuada” (Cf. *Conclusiones del III Congreso Vocacional del Brasil, 2010, 24*)

TEOLOGÍA VOCACIONAL

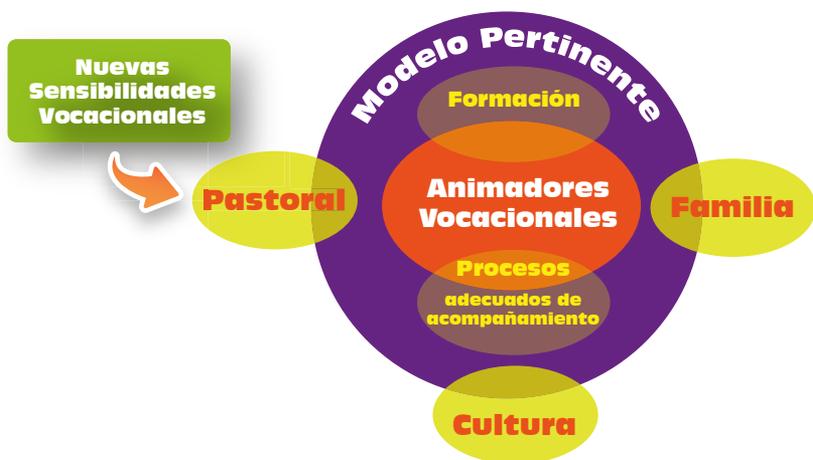


Pedagogía Vocacional

Esta dimensión fundamental de la cultura vocacional está abocada a varios desafíos (Cf. *Documento Conclusivo del II Congreso Latinoamericano de Vocaciones*):

- a) “La emergencia vocacional” que, por dar visibilidad a un problema de fondo, exige la búsqueda de sus raíces con miras a soluciones sólidas, no periféricas. De esta manera la emergencia debe ser entendida como la capacidad de descubrir que algo nuevo está surgiendo y de responder de la mejor manera a esta novedad.
- b) “La fuga vocacional” que, por reflejar el abandono que han hecho muchas instituciones pedagógicas de la tarea propia, deja ver que la verdadera crisis vocacional no es de los llamados sino de los que llaman. Mientras sigamos siendo pocos los que asumimos el ministerio de ser eco del Padre que llama, o nos dediquemos tibiamente a esta misión, seguirán siendo poquísimos los que respondan cautivados por esa voz. Es claro que la Iglesia debe comprometerse a invertir en quienes llaman.
- c) “La urgencia vocacional” que es hija legítima de la emergencia y típica de momentos en los que se actúa con el solo afán de resultados inmediatos. Así entendida, la urgencia simplifica y corre el riesgo de perder de vista lo esencial, produciendo en realidad un aumento de los vacíos que pretende llenar: a menudo lo urgente pospone lo importante.
- d) “El desafío vocacional” que es el verdadero reto del animador vocacional en cuanto que debe ser el hilo conductor de su formación permanente, la clave de su relación con la cultura vocacional para un testimonio visible, y el método de la pedagogía vocacional como capacidad y proceso de acompañar a los llamados hacia su madurez en Cristo. Se trata de un desafío también para todo bautizado, quien lo debe asumir como punto medular de la pedagogía vocacional que educa en la responsabilidad de vivir la propia vocación de modo que sea testimonio que contagie a los demás.
- e) “La crisis vocacional” que tiene que ver con los procesos educativos, las experiencias formativas y nuestros estilos de vida, porque no logran proponer modelos visibles y atractivos en los ambientes de hoy. En el fondo refleja una crisis de vida, donde por no vivirse de los valores evangélicos, no se cautiva a los otros; sucede lo contrario de la primitiva comunidad cristiana que cautivaba a los no creyentes
- f) “El riesgo vocacional” que consiste en caer en el extremo de invadir la conciencia del otro con propuestas forzadas o en no proponer la novedad de vida, por un respeto exagerado, mal entendido. De ahí que su requisito fundamental, de parte del educador vocacional, sea el equilibrio entre la libertad del otro que se ha de respetar y la fuerza de la propuesta que se ha de plantear.
- g) “La alianza educativa” que anima y persigue la integración entre cultura, pastoral y formación vocacionales, a partir sobre todo de la pastoral familiar y de la juvenil, redescubriendo su naturaleza radicalmente vocacional. Se trata de sectores “condenados” a trabajar juntos en el campo del Señor, como respuesta a su mandato: “Vayan también ustedes a mi viña...”. (Cf. *Mateo 20, 4*) Así, como sinergia de las dimensiones y campos pastorales, la pastoral vocacional llega a ser la base y el culmen de toda pastoral.

PEDAGOGÍA VOCACIONAL



La Pastoral Vocacional

La Pastoral vocacional es la acción constante y coordinada de la comunidad eclesial a fin de que cada uno de sus miembros reconozca la llamada que Dios le hace y a la que ha de responder con generosidad. Busca que cada persona pueda descubrir el camino para la realización de un proyecto de vida según lo quiere Dios y lo necesita el mundo de hoy. Al responder, cada uno reconocerá el servicio o ministerio que va a prestar en la comunidad.

La pastoral vocacional, como responsabilidad de todo el Pueblo de Dios, comienza en la familia y continúa en la comunidad eclesial; se integra a la pastoral ordinaria y es parte integrante e integradora de la pastoral de conjunto; se organiza en la parroquia; ha de dirigirse a niños y jóvenes; su objetivo es discernir el llamado de Dios y la idoneidad de los convocados y su acompañamiento, ayudando a descubrir el sentido de la vida; tiene como finalidad la sensibilización sobre la vocación bautismal; ayuda a despertar, discernir, cultivar y acompañar el proyecto de Dios para cada discípulo misionero; se concretiza en un proyecto de vida; acompaña todos los procesos de discernimiento; privilegia la oración; promueve y coordina las iniciativas vocacionales.

Hacia una Cultura Vocacional

Para hacer realidad una verdadera cultura vocacional, como Iglesia y Distrito de Centroamérica – Panamá, procuraremos:

- a) Fomentar la cultura vocacional por medio de la valoración y el respeto de las diversas vocaciones en el mundo, en la Iglesia y en el Instituto, orientándolas hacia la transformación de la sociedad a la luz del Evangelio, lo que implica vocacionalizar toda actividad pastoral, convirtiéndola en espacio de diálogo con Dios y con el hermano, en especial con el más empobrecido.
- b) Integrar el equilibrio entre corazón y mente, cuerpo y alma, sexualidad y genitalidad, y razón y sentimiento en la cultura, la educación y la formación de nuestros pueblos y personas.
- c) Reconocer los ambientes rurales y urbanos, familiares y sociales, políticos y culturales, como contextos históricos de donde provienen los miembros de la Iglesia y donde ellos viven su vocación.
- d) Valorar el potencial vocacional de los nuevos escenarios, como las diversas culturas juveniles, los procesos ecuménicos e interconfesionales y el cuidado de la creación; los sujetos emergentes, como las nuevas generaciones, las mujeres y los pobres; y los más recientes fenómenos socioculturales, como la migración y la globalización, detectando en este contexto “las semillas del Verbo” e interpretándolas con un lenguaje adecuado, en función al mismo tiempo de la pastoral vocacional y de la evangelización.
- e) Adelantar procesos, más allá que hacer cosas, en nuestras comunidades educativas a favor de la “ecología vocacional”, por medio de ecosistemas de vida que integren momentos de diálogo y de discernimiento comunitarios, de oración en común, de recreación compartida y de apostolado en equipo.



- f) Promover la globalización de la solidaridad a través de una antropología de la alteridad, una economía al servicio del ser humano, la familia, la educación y la igualdad, y una vida cristiana comprometida con la suerte de los pobres y la construcción de la civilización del amor.
- g) Proponer métodos y proyectos pastorales que lleven al encuentro de los hombres y mujeres de hoy en sus nuevos areópagos y que, en su contexto cultural, aseguren el discernimiento vocacional y su acompañamiento.
- h) Educar en la familia y en la escuela para la libertad, la responsabilidad, la decisión, la relacionalidad, la comunicación, el uso integrador de las nuevas tecnologías, la presencia en los nuevos areópagos y la apertura al aporte de los medios de comunicación a la realización vocacional de las personas.
- i) Confiar en los valores y los caminos de las nuevas generaciones y de las nuevas culturas juveniles para convertirlos en senderos de identidad cristiana lasallista y de realización vocacional.

- j) Convertir a la Escuela Lasallista en foco de formación para la cultura vocacional, por medio de currículos que transmitan principios antropológicos y convicciones evangélicas que promuevan la realización de la persona humana con sentido de lo trascendente y de la entrega de la vida, por medio de maestros que sean ante todo discípulos misioneros.
- k) Favorecer el potencial vocacional de la cultura indígena y la afroamericana para el enriquecimiento del laicado, la consagración laical, la vida religiosa y los ministerios ordenados de la Iglesia.
- l) Cultivar la capacidad de asombro (*Cf. Regla 1*) que ayuda a percibir la presencia de Dios, las señales de su llamado y los signos de su acompañamiento en los acontecimientos y en las personas, con miras a una relación con Él mediatizada y motivadora para quienes lo buscan y sienten la necesidad de su cercanía.

